A tiempo de ser recordados: crónicas de oficios en vía de extinción

Por:
Isabela María Diaz Granados Correa
María Dolores Ponce de León Londoño

Dirigido por:
Eduar Barbosa Caro

Periodismo y Opinión Pública
Escuela de Ciencias Humanas

Bogotá, Colombia
22 de octubre de 2019

ANEXO

Justificación

En medio de una economía global, el mercado del trabajo se ha transformado, refinando los procesos de producción de bienes agrícolas e industriales (Fernández, 2003). La revolución de la tecnología, especialmente de la información, ha ocasionado el desarrollo y la renovación del capitalismo, siendo esta revolución uno de los principales factores que han influido en los cambios del mercado laboral (Castells, 1996). Por un lado, se piensa que los avances tecnológicos, en vez de disminuir las oportunidades, han creado nuevos empleos, desplazando a la población a campos que eran poco apetecidos o inexistentes (Fernández, 2003). Por otro, hay quienes defienden que el progreso de la informática llegará a tal punto que la sociedad se verá enfrentada a un panorama de desaparición total del trabajo y a un replanteamiento del entorno social (Rifkin, 1996).

Ahora bien, en esta investigación no se pretende analizar las condiciones futuras de los empleos, sino estudiar algunos oficios que se encuentran en vía de desaparición. En efecto, la tecnología ha sido uno de los factores que ha incidido en este proceso, pero no ha sido el único. En el caso de la partería, por ejemplo, han influido aspectos como la profesionalización de la medicina en el siglo XIV y XIX, y la oposición de la Iglesia frente a esta labor (Luna, 2018). Lo mismo ha sucedido con la alquimia, un oficio en el que influyó la especialización de las ciencias y el despojo del contenido sacro para dar origen a la química (Eliade y Ledesma, 1974). De esta forma, la investigación pretende tomar en cuenta otros aspectos que se encuentren relacionados con los procesos de desaparición de algunos oficios, asumiendo que la tecnología no determina por sí sola el desarrollo de la sociedad (Montoya, 2004).

En teoría económica, el capital humano es un concepto que relaciona el "trabajo altamente calificado como un factor de la producción, intangible y capaz de generar riqueza, no solo al individuo que la posee sino a la sociedad en su conjunto" (Cabrera y Mendoza, 2014, p. 99). En ese sentido, la importancia del aprendizaje de distintas labores, adquirido de manera formal en las instituciones educativas o informal a través de la práctica, representa un aumento en las ganancias del sujeto y su productividad. Este aspecto puede observarse en el contexto colombiano, donde se registra que entre mayor sea el nivel de formación, el salario al cual puede aspirar una de estas personas es más elevado. De acuerdo con cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, 2016), quienes cuentan con un posgrado probablemente accederán a salarios de alrededor de cuatro millones de pesos, mientras que las personas que solo han alcanzado hasta la educación secundaria encontrarán empleos con un pago menor al salario mínimo. De manera que, el requerimiento de población calificada ha sido otro de los factores a tener en cuenta en el desplazamiento de los trabajadores a nuevos sectores de la economía.

Cabe mencionar los trabajos que ya han analizado este tema como el de Dulce (2014), cuyo eje central es la utilización de la maquinaria como causa del desplazamiento de la población hacia otros oficios. Si bien es cierto que la tecnología es un elemento fundamental para la desaparición de los oficios, no es el único, por lo que esta investigación pretende abordar la problemática incluyendo las transformaciones culturales en el sector de la educación y profesionalización del trabajo, y la influencia de corrientes de pensamiento en este proceso. Asimismo, algunos medios de comunicación colombianos han hablado recientemente acerca de los trabajos próximos a desaparecer, pero lo han hecho de manera global y con listados o galerías de fotos, lo que no le brinda al lector una información completa del tema (El Tiempo, 2017, 9 de septiembre; El Espectador, 2018, 29 de abril; El Colombiano, 2018, 2 de mayo).

De acuerdo con lo anterior, dentro las contribuciones están: la profundización en algunas labores que están a punto de desaparecer y la construcción de memoria histórica,

entendiendo por esta un conjunto de experiencias comunes que inciden en la identidad de un grupo determinado (Aróstegui, 2004). De esta forma, se asume que los oficios están vinculados a una situación socio-histórica, debido a que a través de estos se articulan creencias y se consolidan organizaciones políticas y sociales (Agulló, 1998). Investigar acerca de los oficios que están en vía de extinción en Bogotá y sus alrededores, representa entonces un análisis mismo de las transformaciones de múltiples sectores de la sociedad.

Objetivos del proyecto

General: Evidenciar las dinámicas laborales asociadas a oficios en vía de extinción en Bogotá y sus alrededores.

Específicos:

- Describir el contexto socioeconómico en el que se desarrollan oficios en vía de extinción en Bogotá y sus alrededores.
- Enunciar las perspectivas de continuidad de los oficios en vía de extinción en Bogotá y sus alrededores.

Metodología

El presente trabajo es una investigación periodística en la que se pretende retratar oficios que están próximos a desaparecer en Bogotá y sus alrededores. Este proyecto tiene alcance exploratorio, debido a que pretende abordar un tema que ha sido poco tratado en el país. El enfoque de la investigación es transversal, pues su intención es estudiar la problemática en un momento específico. De manera que, este enfoque "es como tomar una fotografía de algo que sucede" (Sampieri, Baptista, & Fernández, 2014, p. 151), fotografía que, en este caso, será tomada en el 2019. Además, se busca evidenciar la problemática a través de la observación, sin manipular el objeto de estudio, por esta razón, la investigación es de tipo no experimental (Costa, Driessnack, & Sousa, 2007).

La crónica es el género seleccionado para realizar este trabajo porque permite una descripción detallada y con diversidad de fuentes. Este género se caracteriza por relacionar información e interpretación a través de un estilo literario. El autor tiene como objetivo contar un hecho de interés recurriendo a su creatividad, sin dejar de lado los códigos éticos de la profesión, es decir, ateniéndose a los hechos (Yanes, 2006). En el proyecto queremos rescatar los aspectos que definen la crónica y aplicarlos a la narración de un quehacer, donde quienes darán voz a la historia serán instituciones, trabajadores, clientes y expertos en el tema, para así tener un panorama amplio sobre el oficio en cuestión.

En cuanto a las fuentes, se establecieron dos criterios para realizar la selección: oficios que hayan sido reemplazados por maquinaria y oficios que tengan una contraparte en términos económicos. Los oficios escogidos cumplen con al menos uno de estos dos criterios. El primero de ellos hace referencia a trabajos manuales que, al ser comparados con el entorno industrial, resultan menos rentables y productivos. Por ejemplo, el oficio del chinomatic, el cual con la llegada de la tecnología ha sido reemplazado por máquinas que cumplen la misma función e, incluso, en menor tiempo que la mano de obra humana, optimizando así la labor.

Ahora bien, el segundo criterio tiene en cuenta que la maquinaria ha disminuido los costos de producción, haciendo más rentable para el consumidor, acceder a un producto nuevo, que reparar uno antiguo. Es el caso de los arregladores de sombrillas, oficio que requiere de tiempo de reparación, materiales y mano de obra. A diferencia de la compra de una sombrilla nueva, lo cual cubre la necesidad de manera inmediata y, en ocasiones, por menor precio.

Índice

1. Nuestra realidad, nuestra historia _____ 5

2. De cabeza en cabeza _____ 6 - 14

3. Las ‘máquinas’ recoge pines _____ 15 - 20

4. Si las sombrillas fueran taxis _____ 21 - 26

5. Leche con sabor a verraquera _____ 27 - 31

6. El maestro del tic-tac _____ 32 - 36

Nuestra realidad, nuestra historia

Los historiadores investigan, los periodistas... también. Los historiadores contrastan fuentes, los periodistas... también. Los historiadores dialogan con sus textos, les hacen preguntas, al igual que los periodistas con sus entrevistados. La diferencia radica en que los primeros buscan comprender el pasado, mientras los periodistas retratan el presente, intentan capturarlo y entenderlo, aún estando inmersos en él. ¿Con qué objetivo? Dejar constancia de los hechos y así denunciar, exaltar, educar e informar a otros. Los artículos periodísticos de hoy serán instrumento de los historiadores mañana.

Las cinco crónicas que presentamos reflejan nuestra realidad, son muestra de algunas prácticas que se han ido perdiendo en Bogotá y municipios cercanos. La sombrerera a quien Gaitán le confiaba su cabeza, los chinomatics que trabajan como máquinas, el arreglador de sombrillas que creó su propio sistema de transporte, la lechera que va en contra de la ley y el relojero que trabaja de atrás hacia adelante. Estos oficios en vía de extinción protagonizan las historias y demuestran las necesidades de nuestro tiempo, que no son las mismas de hace unos años.

La ‘cultura del arreglo’, común entre padres y abuelos, defiende que las cosas dañadas no van a la basura, sino que son llevadas donde los ‘expertos’ para que las devuelvan a la vida. Así, los zapatos con suelas vencidas van donde el zapatero; las planchas que ya no encienden, donde el técnico; y la ropa con huecos queda en manos de la modista para que, con ayuda de parches, hilo y aguja, remiende los desgastes. Inmediatez y menor precio han encasillado la ‘cultura del arreglo’ en las generaciones pasadas y han sido justificación para el uso de maquinaria. Lo actual es ágil, sin pausa, de producción en serie, desechable o de poco uso.

Cada tiempo tiene sus modas, necesidades y oficios. La llegada de la tecnología y el cambio en la conciencia de la sociedad, entre otras cosas, han hecho que muchos trabajos desaparezcan, otros se transformen, y que surjan unos nuevos. Las siguientes crónicas dan cuenta de lo que somos como ciudad, son una fotografía de nuestro presente que pronto será historia.

De cabeza en cabeza

- Hoy no hemos tenido muchos clientes — dice Rosa.
- Sí señora, debe ser por la lluvia — responde uno de los vendedores.

El cielo está nublado y gris, como cualquier otro día en el centro de Bogotá. Y claro, ¿quién va a salir comprar un sombrero en plena lluvia? Tal vez sí sea un buen día para los vendedores de sombrillas…

Foto 1. Rosa sonríe detrás del estante de su sombrerería.

Rosa Bermúdez tiene más de 90 años, pelo blanco y labios rojos, y es la dueña de la Sombrerería y Camisería San Miguel, ubicada en el centro de Bogotá. Hablar con ella y entrar a su negocio da la sensación de estar viajando en el tiempo. Esta sombrerería es y ha sido, desde hace más de medio siglo, parte de su vida, de su cotidianidad. Al local se le notan los años, pero mantiene su formalidad y elegancia, lo mismo que le sucede a la dueña.

El oficio de la sombrerería llegó a la vida de Rosa porque su esposo trabajaba en una. Él comenzó de la mano de un italiano, en un negocio en el centro, y luego abrió su propia sombrerería cerca a la Plaza de Bolívar. Cuando se casaron, ella se entusiasmó con el tema. "Yo tendría como 28 años cuando empecé, imagínese, eso fue hace 50 años aproximadamente", dice con algo de nostalgia. Les fue tan bien, que ahora tienen dos sombrererías ubicadas a una cuadra de diferencia.

Para Rosa los gustos por los sombreros no han cambiado a través del tiempo, porque se sigue usando el sombrero balón, el gardeliano, que es uno imitando al que usaba Carlos Gardel, el cachaco, entre otros. Según ella, tal vez cambiarán los adornos, las hormas, pero de resto no

mucho. “No es como los zapatos, que los hombres antes usaban con tacones muy grandes y luego se dejaron de usar. Los sombreros no, ellos sí siguen su rumbo”.

En el público tampoco ve cambio, pues este accesorio, según Rosa, siempre va a ser una necesidad. La gente del campo los compra para cubrirse del agua y el sol… para protegerse. Los caballistas también son amantes del sombrero porque es fundamental estando a la intemperie. Siempre y cuando haya personas que necesiten este accesorio para sus actividades diarias, existirá una sombrerería en donde puedan encontrar lo que están buscando: un buen sombrero.

Desde personajes históricos como Charles Chaplin, Abraham Lincoln y Pancho Villa, han lucido este accesorio con el mayor de los estilos, hasta llegar a personajes ficticios como Indiana Jones, Peter Pan y, por supuesto, el Sombrerero Loco de Alicia. Y es que solo en Colombia, nos identificamos con algunos sombreros como el vueltiao, el llanero y el antioqueño. En muchos casos, el sombrero deja de ser un simple accesorio para convertirse en la esencia e identidad de alguien o algo.

***

“Yo soy el del sombrero”, dice Camilo Torres, un joven de 25 años, antes de encontrarnos. Para él, usar sombrero significa empoderamiento, seguridad y marcar la diferencia. Pero también significa felicidad, como lo demuestra en una foto que tiene de cuando era bebé. Probablemente a esa edad todavía no sabía hablar bien, pero su sonrisa mientras usa un sombrero, lo dice todo. Como si, incluso antes de que su gusto por este accesorio empezara, la vida ya supiera que más adelante se iban a reencontrar.

Foto 2. Camilo, de pequeño, posando con un sombrero que le pertenecía a su abuelo.

Pero su afición por usar accesorios en la cabeza realmente empezó desde primer semestre en la universidad, porque el frío que hacía en el campus le daba migraña. Así, empezó con gorros y

boinas. A los pocos meses, murió su abuelo, quien atesoraba una colección de sombreros de la cual Camilo heredó dos: uno verde oscuro, grande, de ala dura y con una pluma a un lado, y uno habano, que aunque no le queda, le gustó mucho y decidió conservarlo.

Los dos sombreros de su abuelo, más dos suyos, cuatro boinas y cuatro gorros, los tiene colgados en su cuarto. No en un perchero, como sería de esperar, sino en la base del árbol de Navidad. Su favorito es de color azul, tamaño mediano, ala dura y con la parte de arriba similar a uno panameño. Se lo regaló una amiga cuando se enteró de su afición. Este, no fue comprado en una sombrerería como la de Rosa, sino en una tienda juvenil.

Foto 3. Camilo muestra su cerveza mientras le digo que le tomaré una foto con su sombrero.

¿Usar o no sombrero? Se pregunta Camilo cuando decide su vestimenta. Según él, esto depende de cómo se le vea el cabello y si le combina con su pinta. Por ejemplo, estar en pantalón de dril o en sudadera, determina si amerita o no el sombrero.

Este accesorio le ha ganado piropos, y hasta lo ha ayudado a conquistar. Un día, recuerda, estaba en una cita cenando con una niña que le gustaba, y el sombrero sirvió para romper el hielo. Ella se lo pidió, se lo puso y empezó una sesión de fotos improvisada en el restaurante. “Ese momento sirvió como una interacción entre los dos, fue bastante especial”, dice.

En el periodismo, carrera de la cual está próximo a graduarse, usar sombrero le ha servido como marca personal. Incluso en las fotos de promoción de su programa de radio, busca salir

con este accesorio para que, según él, lo empiecen a reconocer. Camilo nunca ha comprado ni mandado a arreglar algo en una sombrerería. Para él, eventualmente estos espacios desaparecerán, porque son pocos los jóvenes que comparten su interés por los sombreros.

***

Acá vienen personas de todas las edades, pero a Rosa le entusiasman los clientes adultos, que tienen más dinero para gastar. "Sin embargo, a todo el mundo hay que atenderlo, vengan con plata o sin ella. Porque después volverán".

Rosa todavía se acuerda del día en que un campesino llamado Miguel Bermúdez le pidió que le marcara el sombrero con las iniciales de su nombre. "Aquí hay una máquina que marca los sombreros. Uno levanta el taburete y tarán, salen letras hechas con pequeños huecos". Rosa le preguntó si le ponía al sombrero una B grande o V chiquita, a lo que él respondió: "Pues no me la deje ni muy grande ni muy chiquita". Rosa casi no logra marcar el sombrero de la risa que tenía.

–Doña Rosa, ¿cómo cree usted que sería su vida si no estuviera trabajado en una sombrerería?
– Sería una vieja cansona, aburrida, decrépita, peleadora… Mejor dicho, de todo, de todo lo malo.
–¿Y a qué cree que se hubiera dedicado?
– A nada. Por ahí a ver televisión.

A pesar de ser un negocio ubicado en pleno centro de Bogotá, un lugar transcurrido por vendedores ambulantes, personas ofreciendo corrientazos y uno que otro peatón que va hablando a todo volumen por la calle, entrar a esta sombrerería da una sensación de tranquilidad. Se sigue escuchando "paraguas, sombrillas, paraguas", típico himno bogotano en momento de lluvia, junto con otros ruidos callejeros, pero no son lo suficientemente importantes como para dañar la paz a este lado del ventanal.

En los años 60, cuando Rosa conoció la sombrerería, pensaba que era un negocio que pronto iba a desaparecer. "Pero mentira, porque ahora la juventud sigue usando sombreros. Hay muchos sardinos que lo hacen". De hecho, hace unos días, un señor entró a la tienda con un niño de 14 años, aproximadamente. Le compró un sombrero importado que costaba más de un millón de pesos. "Eso está bien para uno que trabaja y que lucha, pero, ¿un niño? Eso es ser un papá muy rico y generoso".

Los sombreros de millones de pesos están en las vitrinas, son importados, fabricados con piel de animal y de la mejor marca: Barbisio. Los demás, no son tan costosos. Un rancherito vale 135 mil, un *Dallas* 150 mil, un llanero 180 mil. También hay unos económicos de 85 mil, o incluso boinas que van desde 25 hasta 200 mil pesos. El precio varía según los materiales y la calidad del sombrero.

Los espejos son muy importantes siempre que el objetivo sea vender un accesorio o prenda de vestir. En las tiendas de ropa, se usan los de cuerpo entero para que los clientes puedan mirar si tienen la talla correcta o les queda muy ceñida al cuerpo. En los almacenes de zapatos, son más pequeños y se encuentran en la parte inferior de la pared. Aquí, en una tienda dedicada a vestir cabezas, los espejos están en la parte superior, casi llegando al techo, para que los clientes pueden ver cómo les quedan los sombreros: si son grandes, pequeños, o el complemento ideal para su cabeza.

“El proceso de restauración de un sombrero es muy sencillo”, comenta Rosa. Primero, se debe deshormar para lavarlo muy bien con agua y detergente, teniendo los guantes y el tapabocas puestos. Con el cepillo, se restriega con suavidad, para no dañar la tela. Si es un sombrero fino, debe lavarse con más cuidado. Luego, se pone a secar, se pasa por la máquina planchadora y, finalmente, se vuelve a hormar. El tiempo estimado de entrega es de cinco días.

Foto 4. Máquina planchadora de la Sombrerería y Camisería San Miguel.

Pero, muchas personas deciden no restaurar un sombrero viejo, sino más bien comprar uno nuevo. Este es el caso de una clienta que vino a la sombrerería con su esposo. Traía puesto un sombrero viejo y, como había comprado otro, Rosa le preguntó: “¿Le empaco el viejito?”. “¿Cómo?, respondió la señora, “¿cómo me va a empacar al señor, yo cómo voy a cargar a ese viejo?”. “¡Noooo, le pregunto por el sombrero!”, le dice Rosa entre carcajadas.

***

La tradición de usar sombrero ha estado presente en la vida de los colombianos desde hace décadas. De hecho, la Revista Ilustrada de Bogotá que circuló de 1898 a 1899, ya hacía referencia al gusto por este accesorio. Sus páginas describen la moda de entonces, diciendo que ninguna forma de sombrero se ha impuesto sobre otra: “En suma, todo se usa”. Presentan algunos adornados con plumas, hebillas de oro, cintas de terciopelo o bordados, diferenciando el sombrero de la señora del de la señorita.

A mediados del siglo XX, cuando la sombrerería de Rosa y su esposo abrió sus puertas, el sombrero continuaba siendo un accesorio indispensable. Las ediciones de la revista Cromos, publicadas en los años 40, dedicaban sus primeras páginas a presentar las “últimas creaciones

de sombreros", algunos especiales para "la hora del cóctel", otros "sencillos y prácticos para todo el día" y unos apropiados para acompañar un "traje *sport*".

Foto 5. Revista Cromos semanal ilustrada. 1940.

Foto 6. Revista Cromos semanal ilustrada. 1940.

Con el tiempo, el sombrero fue perdiendo vigencia y las revistas enfocadas al público femenino fueron desplazando este accesorio a modelos, cantantes, actrices o personajes de la realeza. En los *looks* de moda ya no se ven con frecuencia los sombreros.

***

En una de las paredes del negocio, la primera que se ve al entrar, está colgado un artículo que les hizo el periódico El Tiempo hace algunos años, cuando su esposo, Ernesto, aún estaba vivo. Rosa lo muestra con orgullo y luego sonríe, señalando una frase que él decía: “Yo me cuido bastante y le digo a mis clientes que también lo hagan. ¿No ve que un viejito que se muere es un sombrero menos por vender?”

Foto 7. Rosa, junto al artículo que el periódico El Tiempo le hizo a su sombrerería en el 2006.

Rosa está de acuerdo con lo que decía su esposo. Menciona que esta sombrerería le ha vendido a personajes importantes de la historia colombiana, como Jorge Eliécer Gaitán, "quien vino a comprar un sombrero rulé de los que usaban los presidentes y alcaldes en ese entonces, es de un material muy fino", cuenta mientras toca uno suavemente.

"¡A la cargaaaa!, como decía Gaitán", grita con el sombrero puesto, mientras eleva un brazo con fuerza. Por acá también han pasado artistas a comprar sus sombreros. Rosa le ha vendido a la actriz de Rosario Tijeras y a varios personajes de Sábados Felices. "Muchos se han muerto, hartísimos", dice con voz ronca y casi sin volumen.

Foto 8. Rosa posa con el sombrero que usaba el político Jorge Eliécer Gaitán.

El primer cliente de la tarde se asoma con una caja inmensa, que parece la de una torta de cumpleaños. Dice que le regalaron un sombrero pero le quedó grande. A pesar de haber dos personas más ayudándola en el negocio, Rosa se acerca inmediatamente a atenderlo. Desde hace 66 años, el cliente ha sido su prioridad.

Sin duda, la pasión de los padres, no se heredó de cabeza en cabeza. Sus dos hijas trabajan en la sombrerería, pero en la oficina del segundo piso, “tan empotradas que no las baja nadie”, dice. Saben cuánto cuesta un sombrero y cuántas ventas se han hecho, para poder pagar la mercancía y el salario de los empleados, pero el oficio no es de su interés. Al hijo tampoco le llama la atención. Él es arquitecto y restaurador, eso consume la mayor parte de su tiempo.

Comprar, tal vez, no solo se trata de pagar por un producto, sino de la experiencia completa. Del servicio, de la manera en la que el vendedor se identifica con el cliente y de sus recomendaciones, logrando conectarse por medio del producto que quiere vender y que otro quiere adquirir. La pregunta no es quién se encargará de la sombrerería cuando Rosa no esté, sino ¿habrá, dentro de 10 años, personas que tengan tanta pasión por un sombrero, como la tiene Rosa?

Las ‘máquinas’ recoge pines

1948, centro de Bogotá. Jorge Eliécer Gaitán, candidato a la presidencia, fue asesinado por Juan Roa Sierra en la Carrera Séptima con Calle 14, desembocando una serie de disturbios conocidos como El Bogotazo. Más de setenta años después, la Bolera San Francisco, lugar que presenció los hechos, sigue en pie. En este sótano, el ruido de las bolas pegándole a los pines y los gritos de quienes (por fin) logran hacer una moñona, retumban en el oído. Bajando por escaleras alfombradas, al estilo *red carpet* de Hollywood, se llega a la bolera. Paredes con espejos, marcos de madera alrededor de los televisores, sofás antiguos y luz tenue, transportan a otra época. Pero el viaje en el tiempo contrasta con la voz de Juanes cantando reggaetón: “Y tú eres una mentirosa, te convertiste en otra cosa, bella pero peligrosa”.

Bolas rosadas, violetas, negras, azules y naranjas van de un lado al otro a toda velocidad. Se deslizan por el piso de madera en las tres líneas disponibles. Al fondo, justo detrás de los pines, se encuentran tres jóvenes de unos 20 años, sentados en una tarima con un pequeño colchón bajo sus nalgas. En la Bolera San Francisco, la más antigua de la capital, aún existen chinomatics.

Foto 1. Pines de bolos en la Bolera San Francisco.

Néstor Espinoza y Edixon Pérez son dos jóvenes venezolanos que llegaron aquí por casualidad… y necesidad. Ganan 25 mil pesos al día por levantar los pines que tumba un jugador, ubicarlos cuidadosamente en forma de diamante y señalar con los dedos cuántos han caído al suelo. Además, se encargan de enviar la bola a través de un canal metálico que la

manda de regreso al lugar de lanzamiento. Trabajan cuatro veces a la semana y tienen horario de entrada, pero no de salida.

Aunque la labor de los chinomatics ha sido reemplazada por máquinas, la Bolera San Francisco aún mantiene este sistema arcaico y manual. ¿La razón? Conservar el estilo del lugar que se ha convertido en un ícono de la ciudad, así lo explica una de las actuales dueñas. En cambio, para Edixon "hoy hay chinomatic porque hay venezolano", dice convirtiendo la 's' final en una letra muda. "Este trabajo no es para los colombianos, ellos no buscan algo así". En el tiempo que lleva en la bolera, solo una vez ha compartido el oficio con un local, quien había estado preso y tenía pocas opciones de empleo.

Paredes de ladrillos, murales, cuadros fotográficos, luces de colores y estructuras de un barco antiguo que hacen la función de columnas, componen el interior de la bolera. Su originalidad y excentricidad la han convertido en el set de grabaciones televisivas y sesiones de fotos de medios de comunicación y amateurs. "Es un sitio mágico y emblemático porque hace parte de la cultura e historia del país", dice Cristian, el más antiguo de los meseros. Para él, la atracción de este lugar es precisamente la labor de los chinomatics, una actividad que los hace diferentes de otros negocios de bolos.

Foto 2. Néstor recogiendo y acomodando los pines.

***

"Los chinomatics eran las personas que nos ayudaban con la diversión", dice Luis Humberto González, un tunjano aficionado a los bolos desde su juventud. El gusto por tumbar pines

empezó desde su época en la universidad, cuando estaba empeñado en romper la monotonía del estudio con un juego de bolos entre amigos. “Y, claro, eso estaba acompañado de cervecita que va, cervecita que viene...”, agrega. Las boleras eran un espacio de esparcimiento, de los más conocidos y llamativos en Tunja, y donde gran parte de los universitarios (como Luis y sus amigos) decidían pasar sus tiempos libres.

Luis Humberto aprendió a jugar bolos “a la brava, porque en esos tiempos no había instructores ni nadie que le enseñara a uno”. A punta de intento, error y práctica, logró destacarse en esta actividad en el Bolo Club de Tunja al que asistía una o dos veces al mes. Allí todo era manual, “era una cancha de tres pistas, no había ni rastro de tecnología… todo era con chinomatics”. Eran jóvenes entre 15 y 20 años, normalmente de últimos grados del colegio o recién bachilleres, quienes veían en el oficio de acomodar pines una buena oportunidad económica. Lo curioso era que, según cuenta Luis, a pesar de unos estar trabajando y otros divirtiéndose, se terminaban creando amistades entre ellos, algo más que una simple relación trabajador-cliente.

“Lograr una moñona es algo indescriptible, una emoción gigante”, dice Luis Humberto. Para conseguirla es fundamental ubicarse en la pista: conocer los desniveles y las imperfecciones de las líneas y adaptarse a ellas, aumenta la probabilidad de gritar ¡moñona! después del lanzamiento. Y esto no lo dice cualquiera, si no una persona que ha participado en campeonatos durante más de 20 años.

Aun cuando ya no conserva la misma energía, Luis no pierde la afición. “Los años no vienen solos”, dice, ahora jugar le cuesta un poco más. Pero al igual que su energía, las pistas también han ido cambiando, empezaron a aparecer, paulatinamente, nuevas boleras que contaban con la automatización. “Todos sabemos que la tecnología va desplazando la mano de obra y esto le iba a pasar definitivamente a los chinomatics”, comenta. Para él, en eso consiste el negocio, pues entre más tiempo y dinero se puedan ahorrar los establecimientos, más rentable será para ellos.

***

Foto 3. Imagen expuesta en una de las paredes de la bolera, en donde se muestran chinomatics (labor que antes era desarrollada por niños).

El libro *Bogotálogo: usos, desusos y abusos del español hablado en Bogotá*, define la palabra 'chinomatic' como "un sistema artesanal de reorganización de los bolos en el campo de juego en el que un joven es encargado de recogerlos y reacomodarlos". Sin embargo, Néstor y Edixon hacen más que eso, dan consejos y recomendaciones a los jugadores para que aprendan a lanzar los bolos y puedan divertirse jugando en familia o con su grupo de amigos. También, hay quienes ven en la bolera un espacio para compartir con su pareja e incluso conquistar una nueva.

El joven de saco azul coge la bola que más le gusta (distinguiendo color y peso), y coloca el pulgar, el dedo corazón y el anular en cada uno de los tres huecos que se encuentran a un lado de la esfera. Se dirige a lanzar. Hace un pequeño trote, se inclina, arroja el brazo hacia atrás para coger impulso y realiza el lanzamiento. La bola rueda por el centro del carril a gran velocidad y choca con el primero de los pines. Pum. Luego el segundo y el tercero. Pum, pum. El cuarto, quinto y sexto. Pum, pum, pum. Estos, con su caída, hacen que los otros se derrumben. Se caen los 10 pines. ¡Moñona!

***

Néstor y Edixon hacen parte de los 1,4 millones de venezolanos que, según Migración Colombia (2019), residen en nuestro país. Esta cifra está por encima de la población de Barranquilla, la cuarta ciudad más poblada de Colombia. Ellos, al igual que un gran número de migrantes provenientes de Venezuela, han viajado en búsqueda de una mejor calidad de vida y

huyendo de una situación política, económica y social deplorable, como ellos mismos la llaman.

Cuando Edixon se despidió de sus padres en diciembre de 2018, les prometió que volvería a Venezuela cuando el país hubiera recuperado su cauce. Con algunas cosas en la maleta viajó hasta Cúcuta, donde vendiendo perros calientes logró completar medio pasaje para venirse a la capital. La otra mitad, la pidió prestada. Cuenta que recorrió la ciudad a pie, buscando un espacio donde trabajar... hasta que llegó a la bolera. "Tuve la dicha de no venirme caminando desde Cúcuta, pero yo digo que caminé más aquí, porque muchas puertas estaban cerradas".

Por su parte, Néstor solo lleva dos semanas trabajando en la bolera. Dejó sus estudios en Comercio Exterior en su país porque, como él lo menciona, la situación de Venezuela no lo dejó quedarse. Como muchos otros de sus compatriotas, decidió venir a Colombia en búsqueda de nuevas oportunidades. "Terminé en la bolera porque mi amigo es el bartender y me dijo que aquí me podían dar empleo. Yo ni sabía que este trabajo existía, me pareció muy curioso". Para él, lo más difícil es el peso de las bolas, "por eso hay que alzarlas haciendo fuerza en las piernas y no en la columna, para no hacerse daño ni terminar con dolor de espalda", dice.

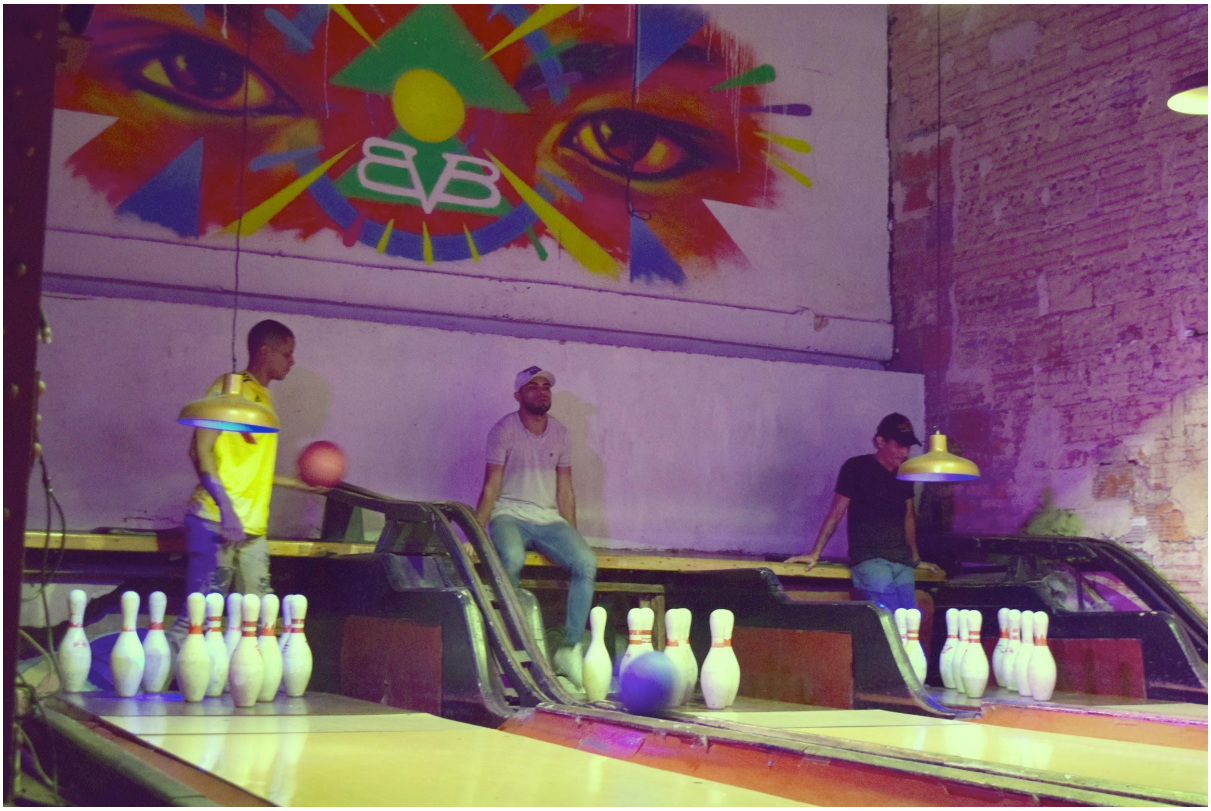

Foto 4. Chinomatics esperando los lanzamientos de los clientes.

***

Bolas van, bolas vienen. Pines caen y los chinomatics los levantan. Una vez tras otra. Se repite la rutina. No se ríen, ni hablan entre ellos, solo están pendientes de los lanzamientos de los clientes. Son personas 'maquinificadas', ¿o máquinas 'personificadas'? Subiendo las

interminables escaleras y de vuelta a la calle, no se alcanza a escuchar ni el más mínimo golpe de las bolas a los pines. Como si todo hubiera sido un viaje al pasado en donde oficios como el chinomatic, aún existen.

Si las sombrillas fueran taxis

Hay objetos desechables, de usar una vez y botar. Existen otros que, a pesar de haberlos tenido un tiempo, van directo a la basura cuando pierden su función. Y están aquellos que nos sentimos incapaces de dejar ir. Por lo general, cuando mandamos a reparar algún artículo es porque tiene valor sentimental, cuesta mucho comprar uno nuevo o porque, en cierta medida, es irremplazable. En el caso de las sombrillas, rara vez esto aplica, pues son objetos de uso diario que si dejan de servir son reemplazados en el acto, sobretodo en una ciudad tan lluviosa como Bogotá. Pero, aunque parezca un negocio poco rentable, Henry Martínez vive de arreglar sombrillas hace más de 15 años.

Pitos, gritos, carros, risas, personas que caminan con afán, vendedores ambulantes que anuncian sus productos, trabajadores que han terminado su jornada y buscan con prisa un transporte que los lleve a casa: así se vive la ciudad en hora pico. En medio del ajetreo de una de las calles más congestionadas de Bogotá, Henry ha construído su puesto de arreglo de sombrillas y zapatos. La esquina de la Carrera 9na con 72 es su taller, oficina y comedor.

Foto 1. Bajo un paraguas de colores desteñidos, Henry repara una sombrilla.

Hace algunos años, entre los muchos oficios que tuvo, como vendedor de frutas y dulces, y cuidador de carros, también se dedicó a vender sombrillas. Cargaba un carrito con paraguas más dañados que buenos… “Me daba cosa botarlos, entonces un día me senté y dije ‘voy a mirar a ver si logro desbaratar esto’. Lo logré y desde entonces eso es lo que hago”, dice.

Arreglar una sombrilla puede costar entre 10 y 15 mil pesos. Los precios dependen de los repuestos necesarios y del tiempo invertido. Por ejemplo, las automáticas, aquellas que se abren al espichar un botón y se achican para que entren en el bolso, son las más costosas y las que se

dañan con facilidad. Henry arregla alrededor de 15 sombrillas al día, por lo que se puede estar ganando 150 mil pesos, aproximadamente.

Repara lo que le pongan: zapatos, collares, pilas para reloj, pulsos y, por supuesto, sombrillas. Sin embargo, Henry dice que la zapatería es lo más rentable, pues mientras los paraguas se mueven por épocas (sobretodo si es temporada de lluvia), el zapato es algo que se usa y se daña a diario.

***

Hace unos 30 años, reparar objetos era un acto intrínseco de la cultura colombiana, por lo que era común encontrar en las casas un cuarto de chécheres o sanalejo, a donde iban a parar las cosas que sirvieron, luego dejaron de hacerlo, pero no se perdía la esperanza de que en algún momento volvieran a ser de utilidad. Como si, por arte de magia, el objeto se fuera a reparar solo al entrar a ese espacio. ¿Botar el florero desportillado, la llanta de la primera bicicleta o el marco de fotos que ya no tiene vidrio? No, no y no, puede que un día cualquiera de esos objetos nos salve la patria.

En la actualidad, no son muchos los que mandan a arreglar una sombrilla o cualquier objeto no tecnológico. Esto es precisamente lo que plantea la exposición: *esto tiene arreglo: cómo y por qué reparamos las cosas*, del Banco de la República (2019), el antropólogo social y geógrafo José Yesid Rodríguez, menciona que en Colombia las sastrerías y las remontadoras de calzado han sido reemplazadas por lugares en donde arreglan pantallas de celular, computadores, impresoras, entre otros aparatos. “Los consumidores tenemos ahora varios interrogantes con los objetos: ¿lo uso, lo deshecho, lo arreglo o lo cambio?”, dice el experto.

“Lo que no sirve, que no estorbe”, es el refrán popular del que se guían las nuevas generaciones. Esto, tal vez, se derive de la inmediatez con la que se consiguen los objetos y la manera en la que se han reducido los costos a causa de la industrialización. Asimismo, puede deberse a la obsolescencia programada, que consiste en la determinación del fin de la vida útil de un producto, es decir, que desde la producción del objeto se programa un tiempo determinado en el que este dejará de servir.

En la misma exposición del Banco de la República, el especialista en derecho de consumo, Mateo Sánchez, menciona que hoy en día “la gente está reemplazando los bienes o servicios, más rápido de lo que está diseñada la obsolescencia programada”. Esto quiere decir que incluso antes de que los objetos se dañen, las personas prefieren comprar uno nuevo, lo que hace que considerar reparar un artículo suene descabellado… ¿Y alguien cuyo oficio sea arreglar sombrillas? ¡Más descabellado aún!

***

Foto 2. En plena hora pico de una de las zonas más congestionadas de Bogotá, Henry trabaja pacientemente.

Con un pantalón que parecía ser beige, pero ahora está lleno de parches de mugre, Henry dice que durante su infancia nunca pensó en ser bombero, policía o superhéroe, ni mucho menos se imaginó que terminaría en un andén arreglando paraguas y zapatos. A sus siete años llegó a Bogotá con su madre embarazada, una mujer campesina analfabeta, y le tocó verla sufrir. Mientras ella trabajaba como empleada doméstica, él se encargaba de las tareas del hogar, se empezó a juntar con malos amigos, como él los llama, con quienes se perdió en las drogas.

"Yo llegué a ser jíbaro y tenía 'payasos' o 'títeres' y decía: 'Ratón vaya tráigame un pollo de Chapinero', y por traérmelo yo le daba una papeleta. Eso era rapidito, eso era 'flas'. Ellos, por el vicio, hacían cualquier cosa y mucho más efectivo que cualquier domicilio". Por la droga terminó en la cárcel, donde estuvo tres años. Cuando salió, no era bienvenido en casa de sus hermanos, porque "todo el que es vicioso tiene mañas y si ve algo de valor, 'fiuts, pa'l bolsillo'. Uno pierde todo cuando vive en la calle, hasta la familia", agrega.

"Siempre he sido muy piloso", dice Henry para describirse, e inmediatamente cuenta que el tiempo que vivió en la calle, lo aprovechó para aprender inglés. En el cambuche donde dormía había dos personas que hablaban este idioma, con las que intercambiaba droga por nuevas lecciones. "*I'm not very good, but* me defiendo", agrega riendo.

Henry estuvo en tratamiento durante un año y cuando salió se encontró con 16 papeletas de basuco en la calle. Tuvo la tentación frente a frente, luchó con ella y al vencerla, se sentó frente a una alcantarilla y las botó. "Tuve esa fuerza de voluntad y desde ahí dije que no más. Ahora no me fumo nada, ni un cigarrillo". Su pareja le pregunta: '¿usted siendo tan tremendo y no

fuma?', a lo que él responde que no, no fuma, ni consume drogas desde que se rehabilitó, hace 28 años. Sus cinco hijos conocen su pasado, y ahora él disfruta compartir con ellos.

Foto 3. Henry arreglando una sombrilla automática.

A punta de hilo, tijeras, alambre, precisión y experiencia Henry ha arreglado sombrillas durante más de una decada. A veces, su hija de 14 años va al puesto a ayudarlo. "La pongo a que arregle una y en nada ya acabó. Es igual a mí", menciona. Ella fue la única que heredó este gusto por reparar paraguas, pues sus demás hijos se dedican a las ventas ambulantes, y otro está interesado en la aeronáutica.

Así nace el taxi sombrilla

Imagine que está lloviendo, las gotas fuertes y pesadas lo agarraron por sorpresa y sin paraguas, pues hace unos segundos hacía un sol radiante. Una típica escena bogotana. Está cerca a su trabajo, pero no tanto como para irse caminando, ni lo suficientemente lejos como para irse en carro. Su hora de almuerzo acabó. Debe volver a la oficina. ¿Qué hace? Llamar a Henry Martínez, el creador del taxi sombrilla. Este servicio no conoce el taxímetro, el radio teléfono, ni las aplicaciones de celular. Tiene tarifa fija de dos mil pesos y a cambio recibe una sombrilla de segunda y el acompañamiento de Henry que, como un guardaespaldas, custodia su viaje desde otro paraguas.

La idea se le ocurrió al verse encartado, pues las sombrillas que recolectaba y arreglaba no eran bien recibidas por sus clientes. Pudiendo adquirir una nueva por un precio similar, nadie estaba dispuesto a comprar una sombrilla de segunda. Así que a Henry pensó en alquilarlas. Dando inicio a un negocio único: el taxi sombrilla, como él mismo lo bautizó.

Su primer cliente fue un grupo de oficinistas que necesitaban volver a su trabajo, un banco cerca al puesto de Henry, en medio de un aguacero.

- ¿Cuántos son?
- Ocho.
- ¡Apenas! Aquí tengo cuatro sombrillas, se las alquilo a dos mil. Les toca de a mil por persona, ¿mucho?
- No, vecino, excelente. ¡Vamos!

"Fue así como empecé con el taxi sombrilla. Ya la gente sabe que ese es mi negocio y me mandan a llamar", dice Henry. Él alquila los paraguas y se va en el suyo detrás de los clientes, los deja en el lugar y se devuelve a su puesto de trabajo. La rutina se repite cada vez que ofrece el servicio. "Son dos mil pesos, no importa para donde vaya. Dos mil pesos por sombrilla y ellos verán cuántos se meten. Son dos mil, ellos verán si se quieren ir dos o tres", agrega.

Foto 4. Henry cuenta cómo es el proceso de reparación de una sombrilla.

***

Henry no tiene un motivo para llegar temprano a su casa. Una amiga suya tiene un bar y a veces le ayuda a poner música. Allá consigue con quién bailar una salsita y en eso se le van los días. De hecho, tiene su propio grupo de salsa y salen juntos a disfrutarla. "Somos vieja guardia y compaginamos en que tuvimos infancias parecidas", menciona. Sus 55 años de edad no se le notan, asume la vida con ánimo y buena chispa. Tiene una relación de noviazgo con quien no sabe si formen algo serio, pero como dice él: "Yo no le doy mente y sigo mi vida".

Su meta era irse a trabajar a Australia, Estados Unidos o Europa, pues le han dicho que allá botan muchas sombrillas porque no saben cómo arreglarlas ni conocen a nadie que lo haga. Por eso, estuvo considerando la idea y averiguó en la Embajada Americana, pero le dijeron que por

sus antecedentes no le podían dar la visa. Y así, como lluvia en pavimento caliente, se evaporaron los sueños de Henry de irse más allá de la Carrera 9na con 72.

Leche con sabor a verraquera

A los 65 años, Gladys Fonque tiene el estado físico de alguien de 20. Recorre dos horas en bicicleta todos los días, sin falta. Se levanta antes del kikirikí del gallo y se acuesta cuando se apagan las últimas luces de Tenjo, su pueblo. Es mamá, esposa, enfermera, vendedora, ganadera y verraca. Su vitalidad esconde la edad, pero su cuerpo la delata. Tiene el cabello escaso y gris, la cara marcada por el tiempo, arrugas alrededor de los ojos y boca, y una dentadura que extraña estar completa.

Foto 1. Gladys junto a una de sus vacas, lista para ordeñar.

Son las 6:20 a.m. en la vereda Martín y Espino, suena una sinfonía de pájaros, muuuus y chicharras. Se respira aire limpio, ese que entra a los pulmones con facilidad. Gladys está lista para iniciar su jornada, dice que hoy ha llegado tarde. Tiene seis vacas por ordeñar, tres becerros por alimentar y uno más que está aislado debido a su corto tiempo de vida. Hace frío, una niebla espesa impide ver la punta de la montaña verde y tupida que adorna el horizonte.

“Jersey, venga niña. ¡Venga! Hola, usted sabe que la estoy llamando, ¿por qué no viene?”, dice Gladys pidiéndole a la vaca de manchas caramelo que se acerque. Es la única de su tipo, las demás tienen el clásico blanco y negro. Jersey, no solo es el nombre que le ha puesto Gladys, sino también como se conoce a esta raza de vacas que, según su dueña, da la leche más espesa y cremosa.

Las manos son la principal herramienta de este oficio. Se usan para amarrar las patas traseras de la vaca como medida de protección para la leche y el lechero, no vaya a ser que después de

llenar la vasija, todo el líquido termine en el piso o que una patada de la vaca lastime al trabajador. Las mismas manos son las encargadas de agarrar la ubre y tirar con fuerza hacia abajo. Los expertos, como Gladys, hacen que la leche caiga a una velocidad constante, generando un ritmo con el sonido del líquido que golpea el balde: shhh, shhh, shhh, shhh. Así, tarda de ocho a 10 minutos con cada una de sus 'chinas', como ella les dice.

Cuando de comida se trata, Gladys parece parte de un comercial, describe los platos y las preparaciones con gusto y acompaña el relato con sonidos que demuestran lo delicioso que es. Así, cuenta todo lo que se puede hacer con la leche: queso, cuajada, yogurt, jugos, arequipe, mielmesabe y su favorito, el arroz con leche. Para este último, "pone usted a cocinar el arroz en agua, apenas esté, le coloca la leche y lo pone otra vez a que 'herva', cuando ya esté espeso, hmmm… le coloca tantita canela y estuvo". El toque final es ponerle uvas pasas o coco rallado, menciona Gladys.

Foto 2. La mano de Gladys cargando una tinaja de leche.

Aunque 'vaca' es la raíz de 'vacaciones', para Gladys poco tienen en común estas dos palabras. El ordeño debe ser de lunes a domingo, sin pausa. "Si no se saca la leche de la ubre, se cuaja, le tapona los pezones y si no se atiende rápido con medicamento, se pierde la vaca", explica.

“Lo mismo pasa con las mujeres, es que dejémonos de pendejadas, un animal es muy semejante a una persona. La gente dice que no se debe comparar, pero sí”, agrega.

Del pueblo a la vereda, de la vereda al pueblo. Del pueblo a la vereda, de la vereda al pueblo. Gladys hace el mismo recorrido dos veces al día, una a la madrugada para entregar la leche a una empresa de lácteos y otra en la tarde para venderla a sus clientes. La empresa compra cada litro por 850 pesos, “baratísima, en cambio la procesan y la venden como a 3.000, o sea que el negocio es para los intermediarios, no para los productores… y con todo lo que uno briega pa’ tener la leche”, dice con rabia.

Rocío Adames es una de sus clientas en Tenjo, cada noche va con una jarra hasta el local de Gladys, donde además de leche, vende gaseosa, pan y salchichón. Anota la cantidad de litros que está llevando para su casa y a fin de mes paga la cuenta, alrededor de 60.000 pesos. La leche se entrega tal como salió de la vaca, es tarea del comprador hervirla para su consumo. Esta práctica fue prohibida por el Ministerio de Agricultura, cuando Andrés Felipe Arias estaba al mando de la entidad, pero es letra muerta en este y muchos otros municipios del país.

El Decreto 616 de 2006, dice: “Teniendo en cuenta que la leche es considerada alimento de mayor riesgo en salud pública, queda prohibida: La comercialización de leche cruda o leche cruda enfriada para consumo humano directo”. En ese sentido, Gladys y los demás lecheros de Tenjo, realizan una actividad ilegal. En caso de que quisieran estar amparados por la ley, tendrían que cumplir con unas características de infraestructura, higiene y capacitación que les permitieran certificarse ante el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA).

Brucella, Campylobacter y Cryptosporidium no son nombres de robots o de películas de ciencia ficción, sino de algunas de las bacterias que puede contener la leche cruda. Estas ocasionan enfermedades y pueden provocar la muerte, según plantean los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos. Pero hay personas como Gladys y su clientela, que han acostumbrado al organismo a recibir la leche de la ubre a la mesa sin que esto les ocasione problemas para su salud.

***

Antes de llegar al oficio, Gladys trabajaba en una empresa de flores, escribía a máquina, hacía cuentas en dólares y envíos a Miami, todo sin más estudio que la primaria. “Me gustaba ese trabajo… ¿Pero qué hice? Me casé y hasta ahí fue mi carrera, porque mi esposo no me dejó seguir”, dice con reproche. “Los hombres deberían pensar que una pareja trabajadora es un apoyo para salir adelante, pero están los machistas que no quieren que a uno le vaya mejor”.

Después de cuatro años de noviazgo y mucha insistencia, Gladys y Jaime se casaron. “Yo no sé si encontrarnos fue una suerte para ella y para mí, o solo para mí”, dice Jaime, hablando despacio y casi sin voz, mientras está conectado a una máquina de oxígeno. Tiene enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC), ha estado hospitalizado cuatro veces y entubado, tres.

Él la mira con cariño mientras ella, preocupada por hervir la leche para hacerle un café, no sé da cuenta.

La pareja tuvo a Jorge Alexander y José Alfredo, dos jóvenes altos, flacos y de cabello oscuro. El primero heredó de Gladys el gusto por la música, y el segundo cumplió el sueño que tenía su madre cuando era niña, ir al Ejército. Ambos hacen que Gladys se preocupe. Jorge Alexander, por una parte, porque quería ir a la universidad, especializarse en el contrabajo e ir de concierto en concierto… pero las opciones son reducidas cuando el bolsillo no es abultado. José Alfredo, por otra parte, porque después de prestar el servicio militar no fue integrado a la Armada, ahora anda sin trabajo y ella defiende que "un muchacho todo el día en la casa tiene tiempo para andar de un lado a otro y juntarse con malas amistades".

***

"Chinas, hola. Quédense allá juiciosas que ya ahorita las voy a ordeñar", dice Gladys mientras ellas responden mirándola fijamente con sus ojos grandes y negros. En su casa tiene perros, pájaros y una gata, su consentida. Marucha tiene su propio puesto en la mesa y cada vez que se sientan a comer, ella se acomoda en su butaco rojo y participa con miaus en la conversación. No es una gata cualquiera, a Marucha no le gusta la leche, aún cuando podría saborear ese líquido blanco cuando quisiera.

Pegarle a las vacas no es una opción para Gladys. Su cariño por los animales la lleva a recurrir a otros métodos de reprimenda. Cuenta riendo que un día la Jersey dió un brinco, haciendo que el balde del ordeño le cayera encima: "Quedé toda lavada en leche, eso la insulté, le dije vaca hijueputa, hasta la malparicié".

Las 'chinas' son bien bandidas, las tiene separadas en dos terrenos a unos 70 metros de distancia porque se hacían males entre sí. Donde está la Tope Tope, la vaca más vieja de todas, Gladys no ha podido meter otra res, pues cada vez que lo intenta sacan a la nueva integrante del potrero a trompadas: "Quien la ve ahí toda tranquila, pero para pegarle a las otras es la especial". Si una vaca quiere hacer daño se va acercando paso a paso sin que se note y, estando cerca, mueve la cabeza con fuerza tratando de que sus cachos lastimen al enemigo. Sigilosa como vaca, puede ser un buen refrán que hasta ahora nadie usa.

Foto 3. La leche cayendo caliente y con fuerza en el balde de ordeño.

A pesar del gusto que siente por el oficio, Gladys quiere dejar a sus chinas, pues tiene problemas de columna y le dicen que mientras continúe ordeñando no hay nada que hacer. El dolor quiere acabarla, pero ella no se da por vencida porque cuando está en Martín y Espino, esa vereda a la que va dos veces al día, se siente libre y tranquila. La arrulla la calma del campo y se olvida de las preocupaciones que la esperan en casa con ganas del almuerzo.

El maestro del tic-tac

Foto 1. Con pinza en mano, Hernando repara el reloj de uno de sus clientes.

Relojes con números romanos, modelos en bikini, pájaros que cantan, especies de ranas, dibujos infantiles, banderas de países, puntos y rayas. Relojes de pared, de piso, de mesa, para el bolsillo y la muñeca. Relojes redondos, cuadrados, digitales y mecánicos. Hay de diferentes tamaños, tipos y colores en un desorden pintoresco que caracteriza a Citizen, la relojería de Hernando Sarmiento, ubicada en el centro de Bogotá.

Hernando conoció el oficio por un hermano, quien le transmitió el gusto por armar y desarmar piezas diminutas. Después de especializarse en el SENA, empezó como empleado del negocio donde hoy trabaja y terminó convirtiéndose en el dueño. “El localito ha sido tan bueno conmigo que hasta me dio para comprar otro en el primer piso”, cuenta.

Uno de los clientes que aparece esa mañana, dice que no le gustan los relojes, lo han enviado de su trabajo, así que no tiene más remedio que esperar el turno. Llevó tres relojes que antes bailaban de arriba abajo en las muñecas de sus dueños. Quince minutos después, ya tiene su encargo listo y sale de la tienda llevando los pedacitos de correa cortados para que, si en algún momento quieren revertir el arreglo, puedan hacerlo.

Gusto y ética son las dos características principales que se requieren para dedicarse al oficio, según Hernando. “Porque uno puede ser un buen relojero, pero si no cumple, no sirve”. De esta forma, ha educado a cinco personas, entre ellas a su hijo y a su nieto, para que también se dediquen a la relojería. Ellos son una excepción porque, como dice Hernando, a la juventud no le interesa este oficio.

***

Nicolás y Hernando Sarmiento comparten más que el apellido. Nieto y abuelo son amantes de la relojería y, sobretodo, del tiempo. Ambos responden con años y fechas exactas a cualquier pregunta. Así, Nicolás cuenta que del 2013 al 2014 iba de vez en cuando a ayudar a la relojería, del 2015 al 2016 estuvo trabajando tiempo completo en el local, luego viajó por año y dos meses a Australia, y en el 2017 retomó labores en el negocio de Hernando.

Desde niño, Nicolás ha estado vinculado a este oficio, entendiendo cómo aceitar las ruedas, engrasar los piñoñes, y montar y desmontar la maquinaria con ayuda de su abuelo, un maestro en el oficio. Empezó arreglando los relojes más pequeños, hasta llegar a marcas con tecnología avanzada como Casio, Orient, Seiko y la que ha dado el nombre a la relojería de Hernando: Citizen. "Tenemos una relación espectacular, de hecho él me crió. Más que mi abuelo, es mi papá", dice Nicolás con gratitud.

"Con los celulares, que tienen el tiempo integrado, los relojes han pasado de moda, por eso la relojería ya no se usa tanto", comenta el joven de 23 años que, a diferencia de su abuelo, ve en este oficio un *hobby* o un desvare. "Realmente dedicarse a la relojería es algo que más adelante puede ayudar, pero puede que no cubra las necesidades económicas de una persona", dice. Nicolás estudia Negocios Internacionales en la Universidad EAN, profesión a la que sueña dedicarse en unos años.

***

Pinza, lupa y porta máquinas, son los tres instrumentos base que necesitan los relojeros. A veces el *kit* se expande con esmaltes de uñas o tinta china, perfectos para restaurar los tableros. Hernando, al arreglar un reloj, primero lo destapa, saca una a una las piezas y las ubica en fila india. Cuando resuelve el problema de funcionamiento, regresa las partes empezando por donde dejó la última pieza. Va de adelante hacia atrás. Después, de atrás hacia adelante.

Cuando vemos un reloj, pocas veces pensamos en la historia que condensa este artefacto. Generaciones han trabajado, una tras otra, para responder al interés humano de contar las horas, días y años. Como afirma Carles Feixa, en *"Del reloj de arena al reloj digital",* la división del día en 24 horas la debemos al antiguo Egipto; la hora en 60 minutos, a los mesopotámicos; la esfera y las manecillas, a la Europa medieval; el perfeccionamiento y masificación a los estadounidenses y suizos… En fin, son tantos los que han aportado para que Hernando y los relojeros de Bogotá estén hoy concentrados en alinear las piezas de una forma determinada para cuadrar el tiempo.

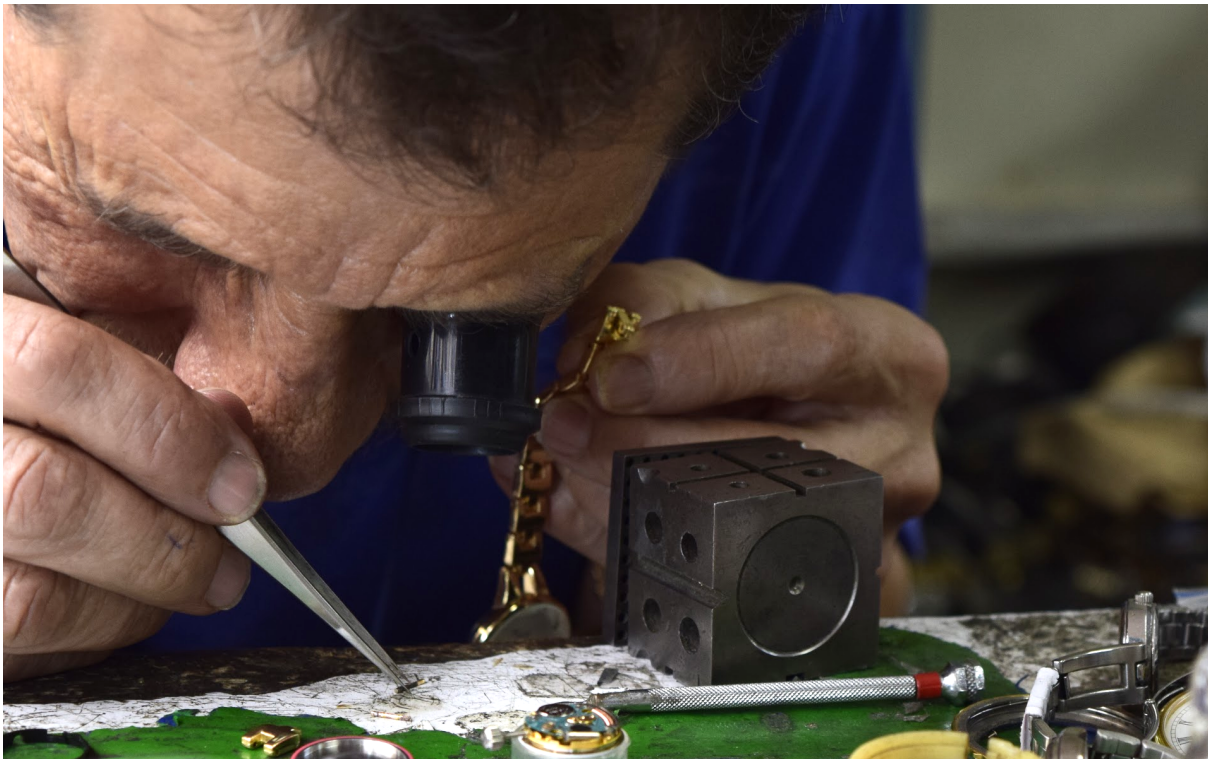
Foto 2. Hernando ajustando la correa de uno de los relojes.

Más de 30 relojes esperan el turno para que las manos de Hernando les devuelvan su tic-tac. Puede tardar de media a cuatro horas en el arreglo y el precio varía entre 30 y 800 mil pesos, dependiendo de la complejidad. Además de arreglar relojes, también tiene algunos en venta. El más costoso es una antigüedad alemana de casi tres millones de pesos, capaz de entonar el himno nacional. Su reloj favorito no está a la venta, lo ha escondido hasta que aparezca otro que también le haga brillar los ojos y sonreir como enamorado. Es el reloj de los pilotos, pues da la hora de 30 países, se adapta automáticamente a la zona horaria y su tablero ha sido inspirado en una cabina de avión. A pesar de estar hecho para volar, el reloj de Hernando vive encerrado en un casillero.

Parece que darle un uso distinto a las cosas es un *hobby* de Hernando. En el local hay una caja registradora de más de 60 años. Sirve para todo menos para guardar plata, sus cajones están llenos de repuestos. Tiene una cafetera que no usa para hacer café. En donde comúnmente va la jarra, pone a secar relojes a los que les ha entrado el agua. Ha convertido en caja fuerte el *locker* que compró en una tienda de cachivaches y que aún lleva los nombres de sus antiguos dueños.

Foto 3. Así es Citizen, la relojería donde Hernando trabaja hace más de 30 años.

¿Cuánto es, Don Hernando? — le pregunta un cliente.

- Nada, el arreglo fue pequeño — responde.
- Le debo un café — dice el hombre saliendo del local.
- Me debe muchos ya — agrega Hernando riendo.

Luisito, el compañero de Hernando en el local, cuenta que se retiró de la relojería por miedo a quedar ciego. Este trabajo requiere de buen ojo para arreglar piezas que miden menos de un centímetro. Antes de andar con bastón, como dice él, prefirió dejar el oficio y quedarse de ayudante. Su bigote, grande y gris, funciona como cortina para disimular la dentadura desmuelada que le quedó después de un accidente de carro.

La historia de cómo Luisito terminó en la relojería se remonta a los años 30 cuando su padrastro, un suizo que vió en los relojes una oportunidad de negocio, empezó a importar implementos para este oficio. En Colombia la relojería se hacía con las uñas, casi ninguna persona utilizaba herramientas. Así que el padrastro de Luisito empezó a traer instrumentos especiales para la relojería y se convirtió en proveedor del SENA. Fue ahí donde se conocieron maestro y ayudante.

Estar en el local de Hernando es un privilegio. Para agendar una cita con él, vió su calendario, se excusó por no poder ese día ni el siguiente, ni el siguiente. Al final, concluyó diciendo que tenía un espacio cuatro meses más tarde. Es un hombre serio y testarudo, que poco a poco va perdiendo rigidez. Después de 40 años de vivir entre relojes, sería raro que a Hernando no lo preocupara el tiempo.

Un reloj es riguroso. Tic tac. Cada 60 segundos la aguja más larga cambia de inclinación. Seis grados, para ser exactos. Tic tac. Cuando se completa una hora, la manecilla corta se mueve a uno de los 12 paraderos donde tiene permitido estar. Tic tac. Son dos vueltas por día. No importa la fecha, el clima o el lugar. El tiempo sigue siendo el mismo. Tic tac. Así queramos

que a veces vaya más rápido o más despacio. Tic tac. Una hora son 60 minutos y un minuto, 60 segundos. Así, estricta como un reloj, es la vida de Hernando.